

Jaque al rey

Mónica Rodríguez / Mar Azabal



1.

Maram levantó los ojos y vio el cielo limpio, sin aviones. Lo que más echaba de menos eran los pájaros. Se ajustó las correas de la mochila y siguió su camino. Solo llevaba en ella un cuaderno y un lápiz. Un hombre levantaba polvo con una escoba de paja frente a un edificio destruido. Las casas parecían bocas desdentadas, llenas de agujeros y caries. La polvareda emborronaba la calle, tapaba los adoquines rotos, las grietas, los hierros de las construcciones que estaban al aire. Como cuerpos abiertos a la mitad. Había mucho silencio, así que Maram, se puso a cantar.

Estos pollos, ¡qué lindos son!

Andan alegres alrededor de su madre

Bebieron agua y dijeron “¡Hum, ñam ñam!

Levantaron la cabeza y, felices, dieron gracias a Dios.

Su voz cruzaba el cielo limpio. Se rio y fue como si la ciudad levantase la cabeza. Como si nada malo hubiera sucedido. Pero la guerra había destrozado las casas y las vidas de la gente. Al menos ella seguía yendo a la escuela.

Cerraba los ojos y se imaginaba todo como antes. A su hermana Haya junto a ella, por ejemplo. Hasta que ese silencio se le apretaba en el pecho y no le dejaba respirar. No le dejaba seguir soñando. Antes no existía el silencio, se oían los pájaros. Se oían las risas de los niños, las peleas de los comerciantes, los motores de los coches. Después, durante un tiempo, solo se oían algunos trinos, algunas ráfagas de viento, algunas ráfagas de metralletas. Explosiones. Después nada.

Ahora ya ni siquiera había pájaros en Alepo.

Un ruido le hizo ponerse alerta. Llegaba a una zona peligrosa.

Una carrera, unos zapatos tras ella y su corazón empezó a golpear muy fuerte. Como el puño de su padre contra el muro de casa cuando ocurrió lo de su hermana pequeña. Se dio la vuelta, con los ojos aterrados. Eran muy negros, sin final.

Detrás de ella había dos niños: Ahmad y Samer, con sus mochilas medio vacías al hombro y sus caras sucias, llenas de mocos.

Ellos también iban a la escuela.

Maram sonrió. Hacer el camino juntos era más entretenido. Hacía olvidar el miedo.

Se saludaron sin palabras y caminaron unos al lado de otros.

Tenían que cruzar el viejo puente elevado. Parecía un colchón al que le han sacado todos sus muelles. Sus tripas. El corazón de hierro del puente. Esa zona era la más peligrosa. Podía haber francotiradores.

Francotirador era una palabra que no conocía antes de la guerra. Un francotirador es alguien que dispara a la gente desde un tejado, una ventana, el armazón de un coche.

Ella una vez conoció a un muchacho de quince años que era francotirador. Sonreía como todo el mundo, como cualquier chico. Decía que tenía muy buena puntería.

Los tres niños corrieron por el puente. Cuando alcanzaron el otro lado se sintieron felices. Maram se puso a cantar otra vez. Ahmad y Samer la acompañaron.

Estos pollos, ¡qué lindos son!

Andan alegres alrededor de su madre...

En algunos sitios llenos de agujeros, Ahmad, que era el mayor, ayudaba a Samer. Samer había nacido el día que empezó la guerra. Tenía 6 años.

No había conocido otro camino al colegio.

Pero Maram sí. Todavía se acordaba. Se acordaba de los pájaros. En el patio de la escuela había un viejo árbol, con las ramas como nueces. Allí vivía una familia de pájaros. Ella vio cómo nacieron los cuatro

polluelos y cómo los cuidaban sus padres. Los polluelos pronto tuvieron plumas lustrosas y amarillas. Volaban torpemente por el patio cuando no había niños. Decían chuí, chuí. Ella los veía por la ventana. A veces uno de ellos se posaba un rato en el alféizar y a ella le daba la impresión de que la miraba con sus ojillos negros y vivos. Caminaba a saltitos, inquieto, y luego emprendía de nuevo su vuelo torpe.

Estos pollos, ¡qué lindos son!

Cuando pasaron cerca de la antigua escuela ninguno miró hacia ella. Samer porque no la conocía. Ahmed porque le recordaba el día que cayó la bomba. Maram porque no quería recordar. Antes de lo de la bomba, el patio ya se había quedado sin pájaros. Ella vio a uno de ellos, el que le miraba desde el alféizar de su ventana, el más pequeño de todos, posado en el tejado un segundo antes de que llegaran los primeros aviones. Después ya nunca más los vio. Ni a él ni a los otros pájaros. Tampoco a su hermana Haya.

Estuvieron muchos días sin ir a la escuela. Pero hacía algunos meses que podían volver al colegio gracias a Kesh Malek, que significa Jaque al rey. Kesh Malek era un grupo de civiles que querían tomar las riendas del futuro, dar educación a los niños de guerra. Y habían hecho escuelas bajo tierra para que las bombas no acabaran con ellas.

Allá abajo todo estaba pintado de colores.

Pero no había sol.

Ni pájaros.

A muchos niños sus padres no les dejaban ir a la escuela por miedo a que les pasase algo en el camino. Francotiradores, bombas, edificios derruyéndose como torres de naipes. Pero ella quería ir a la escuela. Quería aprender cómo era el mundo sin una guerra. Quería volver a ver pájaros.

Cruzaron corriendo las calles de la última barriada. Samer se entretenía saltando entre los boquetes. Antes de llegar al colegio, se pararon para ver las habitaciones abiertas, sin paredes, del edificio de enfrente, como una casa de muñecas vieja y rota. Se veían los colores de sus muros, trozos de alfombras, una lavadora abierta, un somier. Y esos colores entre la destrucción de las bombas les hacía sentir un dolor impreciso. Maram pensaba que un día escalaría por esos muros y se llevaría algo, una tetera llena de polvo, un libro, un muñeco de peluche sin ojos.

Al fin, llegaron a la escuela. Entraron furtivamente, mirando a todos lados para cerciorarse de que nadie les veía. Otros niños también acudían con sus mochilas medio vacías y el miedo en los ojos.

Una vez abajo, en sus pasillos de colores, respiraban contentos.

Pero a Maram le faltaban los pájaros.

Se sentaron en el aula, cada uno en su sitio y saludaron a los profesores. Maram sacó su cuaderno, su lápiz, lo colocó todo en el pupitre y sin saber por qué levantó la cabeza hacia el techo. Sintió que su corazón daba un vuelco.

Una sonrisa iluminó su rostro y supo que pronto el mundo volvería a estar en su sitio.

2.

Todo estaba bien. El mundo era aquel patio y el cielo azul, interminable. Cuando tenían hambre bastaba abrir el pico y sus padres corrían a darles lombrices, semillas. En ocasiones el patio se llenaba de ruidos y de gritos alegres, cachorros de dos patas corriendo de un lado a otro, saltando o dando patadas a unas cosas redondas que rebotaban aquí y allá. Esas cosas redondas eran muy peligrosas. Sus padres siempre se lo recordaban. Chuí, chuí. También las crías ruidosas resultaban peligrosas. No lo olvidéis. Chuí. Chuí. Pero a él, no sabía por qué, le gustaban. Cuando llenaban el patio con sus ruidos le parecía que el mundo se volvía más alegre. Comprobó que sus padres tenían razón cuando él y sus hermanos empezaron los primeros intentos de vuelo.

Volar era una sensación hipnótica, poderosa, pero aún sus aleteos eran torpes. A veces les costaba mantenerse en el aire y una ráfaga de viento los columpiaba arriba

o abajo en contra de su voluntad. Él apretaba mucho sus ojillos y hacía fuerza y agitaba las alas, pero no siempre conseguía enderezar su vuelo. A veces se golpeaba en el aterrizaje. Aterrizar era lo más difícil. Un día en plena maniobra sintió un impacto en el ala. Cayó contra el suelo del patio mientras con terror escuchaba a una de esas crías de dos patas hacer unos ruidos horribles, como maullidos, mientras le señalaba y le lanzaba otra piedra. Por fortuna, sus padres revolotearon sobre la cría que huyó corriendo y llorando como un cachorro malcriado.

Desde entonces solo volaban cuando el patio estaba vacío.

Él se esforzaba mucho. Tenía muchas ganas de imitar el vuelo acrobático y ligero de sus padres. De los otros pájaros. Un hermoso relumbre amarillo en el cielo inacabable.

Aprendía muy rápido y todo estaba bien.

Al anochecer, desde el árbol del patio, toda la familia contemplaba aquel cielo que era su casa y que se llenaba de luces y misterios. No sabía por qué verlo le hacía sentirse muy pequeño y muy grande a la vez. Pensaba en el mundo y no alcanzaba a entenderlo, pero le gustaba. Todo era nuevo y hermoso. Incluso aquellas crías que correteaban por el patio durante el día le producían curiosidad. Ahora ya sabía que eran peligrosas, pero no todas eran iguales.

Por ejemplo, aquella cría de la ventana. Les observaba, apoyando la cabeza entre las manos, y sus ojos eran brillantes como la luz del atardecer. Curiosos. Estaban llenos de cosas buenas. Por eso, a veces, volaba hasta el alféizar y piaba y miraba a la cría, a aquellos ojos. La cría también le miraba. Si no fueran tan ignorantes le habría hablado, le habría contado que el mundo era un regalo y que le gustaba vivir y volar en aquel patio, escuchar sus gritos alegres. Pero aquellos cachorros de dos patas no sabían piar. A veces le daba la impresión de que con sus miradas se entendían. De todas formas, él guardaba la distancia. Esos animales eran impredecibles. Pero ella le gustaba, esa era la verdad. Le gustaba adentrarse en sus ojos brillantes, como un cielo negro y estrellado. Mirarlos le producía el mismo vértigo que mirar la noche. Como si en ellos estuvieran encerrados todas las promesas, los terrores y los enigmas del universo.

Crejó que todo iba a ser siempre igual. Pero se equivocó. Un día todo cambió. Sus padres lo supieron antes de que el cielo se llenara de esos extraños pájaros enormes que traían la destrucción. Lo presintieron en los aros del aire, en los movimientos de los animales, en la tensión que circulaba por los oscuros rincones de la ciudad. Hay que huir, hay que ir a un lugar más seguro. Chuí. Chuí. Piaban asustados. Todo estallará por los aires. Esos humanos traen la muerte entre sus garras. Así que emprendieron el vuelo, justo antes de que llegaran los pájaros de hierro. Pero entonces él se

acordó de la cría de los ojos brillantes y sintió una pena que le abrasaba su diminuto corazón. Se posó en el tejado y volvió la vista hacia la ventana. Allí estaba ella. Él le gritaba que corriera, que huyera como ellos. Chuí, chuí. Pero ya el estruendo de los pájaros gigantes llenaba el cielo y él tenía que alcanzar a su familia. Habían volado una buena distancia cuando escucharon a lo lejos la explosión. El mundo se llenó de humo y de ruido y de destrucción, pero ellos volaban cada vez más alto hacia un cielo lleno de luz.

Había pasado mucho tiempo de aquello. Muchísimo. Él se había separado de sus padres y sus hermanos y ahora tenía una compañera y querían formar una familia. No supo por qué le entró nostalgia del patio y del árbol, de los cielos nocturnos y de la niña de los ojos brillantes. El mundo seguía loco, pero ahora la tensión del aire tomaba un cariz distinto y, al fin, pensó que la destrucción de aquellos animales de dos patas no podía durar por siempre. Así que convenció a su compañera para ir en busca del patio y del árbol. Volaron durante días y llegaron a la ciudad. Sintió que alguien estrujaba su corazón al ver los edificios destruidos, las piedras y los boquetes, los árboles partidos a la mitad. Le costó encontrar el patio. Era un amasijo de muros derruidos donde nada permanecía en pie. Ni siquiera su árbol. Aquella noche se posó en una de las piedras, llorando ante su hogar perdido. Su compañera le acompañó. El aire se llenó de



trinos dolorosos. Entonces recordó a la niña de los ojos brillantes y a todas esas crías que correteaban alegres en el patio. Su corazón volvió a inundarse de aquello pesado que lo comprimía y no le dejaba lugar más que para el dolor. Su compañera y él levantaron el vuelo y durante días estuvieron deambulando por la ciudad, sobrevolando los edificios, los restos de los patios, las carreteras cortadas. Y una tarde lo oyeron. Al principio les llegó como un hilo lejano, luminoso. Después su intensidad creció y reconoció en aquel ruido los gritos de las crías de dos patas en el patio, pero tamizados, ahogados por muros de piedra. Fue su compañera la que



encontró el agujero por donde se colaban aquellas voces. Estaba dentro de un edificio, en el sótano, y era como si de aquel hueco manara un chorro de luz y era el ruido de las crías de dos patas. Ese ruido alegre de su infancia. Sin pensárselo, revoloteó asomándose por el agujero. Su corazón se detuvo lleno de dicha. Allí, sentada en un pupitre, estaba la cría de los ojos brillantes. Era ella, no tenía duda, aunque ahora estuviera más alta, más delgada. La cría, como si hubiera intuido su presencia, levantó la cabeza y sus pupilas se cruzaron. Él pio. Trató de decirle que no todo estaba perdido, que pronto el mundo volvería a latir en paz. Y la cría de dos patas sonrió de tal modo que él supo que le había entendido. Sus ojos brillaron esperanzados.